

PARRÒQUIA DE L'ASSUMPCIÓ DE LA MARE DE DÉU

<http://www.parroquiaalboraya.com>

ALBORAYA

Butlletí nº 537

Semana del 17 al 23. Abril, 2011

HORARIOS DE LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS DE LA SEMANA SANTA 2011

DÍA 17. DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

8'30h MISA

9h MISA (Ermita de Santa Bárbara)

10h BENDICIÓN Y PROCESIÓN DE RAMOS Y PALMAS Y MISA DESDE EL COLEGIO CERVANTES

12'30h MISA

17h VÍA CRUCIS ARCIPRESTAL EN EL MONASTERIO DE SANTA MARÍA DEL EL PUIG

19h MISA (Capilla de Saplaya)

20h MISA (Capilla de Marianistas-Palmaret)

DÍAS 18, 19 y 20. LUNES, MARTES Y MIÉRCOLES SANTO. A partir de las 18h y hasta las 20h:
CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN (*con confesión y absolución individual*)

DÍA 18. LUNES SANTO. 23h VÍA-CRUCIS PENITENCIAL DESDE LA ERMITA DE VILANOVA

DÍA 20. MIÉRCOLES SANTO. 22'30h CENA PASCUAL JUDÍA EN EL COMEDOR DEL COLEGIO
PARROQUIAL (*jóvenes*)

DÍA 21. JUEVES SANTO. DÍA DEL AMOR FRATERO. *Cáritas Parroquial: Colecta extraordinaria*

A partir de las 9'30h y hasta las 13h: CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN
(*con confesión y absolución individual*). **Termina el Tiempo de Cuaresma**

17h MISA "IN COENA DOMINI" (*niños*)

19h MISA SOLEMNE "IN COENA DOMINI". Comienza el Triduo Pascual

21h PROCESIÓN DE JESÚS PRENDIDO

23h HORA SANTA (*oración comunitaria*)



DÍA 22. VIERNES SANTO. 1º día del Triduo Pascual. (*Ayuno y abstinencia*)

9h VÍA-CRUCIS

18h OFICIOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

20'30h PROCESIÓN DEL SANTO ENTIERRO. *Al finalizar:* Canto del Miserere

DÍA 23. SÁBADO SANTO. 2º día del Triduo Pascual

23h SOLEMNE VIGILIA PASCUAL

A continuación: PROCESIÓN DEL ENCUENTRO

Comienza el Tiempo de Pascua

DÍA 24. DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR. 3º día del Triduo Pascual

(*No hay Misa de 8'30h*)

9h MISA DE PASCUA (Ermita de Santa Bárbara)

10'30h MISA DE PASCUA Y CELEBRACIÓN BAPTISMAL

12'30h MISA DE PASCUA

19h MISA DE PASCUA (Capilla de Saplaya)

20h MISA DE PASCUA (Capilla de Marianistas-Palmaret). **Termina el Triduo Pascual**

DOMINGO DE RAMOS

Mt 21, 1-11. Misa: Is 50, 4-7; Sal 21; Flp 2, 6-11; Mt 26, 14 – 27, 66.

El burrillo *juanramoniano* "que se diría hecho de algodón". El de ojos prietos y brillantes y cálido espinazo. Y Dios cabalgando sobre él. Platero y Tú, Señor. (Al final, cuando se trata de los grandes momentos incomprensibles siempre tenemos que acudir a la poesía, que es una forma de fe). Curioso triunfador éste que entra victorioso sobre un borriquillo y es aclamado por el pueblo llano a grito pelado. Una procesión espectacular, populachera, que no gusta nada a los exquisitos.

Cristo "se deja querer" y defiende el grito del pueblo aunque sepa muy bien lo que de contagio pueda haber en el suceso. Pero también sabe que el pueblo suele tener olfato, analfabeta intuición no mediatizada por compromisos que no sean los de su propio sentimentalismo.

Cuesta entender la triunfalista actitud de Jesús, tan poco amigo de triunfos. La clave puede estar en que, Cristo es, en este momento, un hombre en agonía, un lúcido condenado a muerte.

Cristo está "en capilla", él lo sabe mejor que nadie. Y no es que quiera ir a la muerte después de haberse dado el gustazo de triunfar en toda línea por parte de quienes días más tarde van a callarse como muertos e incluso, muchos de ellos, van a gritar pidiendo su cabeza. Este triunfo tiene algo de honroso *canto de cisne*. Pero, sobre todo, tiene mucho de descubrimiento. Acaso es un intento de permitir al pueblo que descubra su propia identidad, antes de que el miedo le atenace la garganta. No hay que suponer a la gente tan tonta como para ser incapaz de recordar luego, en el peor momento de la cruz, sus anteriores voces de júbilo y alabanza. La

verdad es que si Cristo no fuera Dios estaría un tentado a descubrir en el triunfal alboroto de este domingo una cruel ironía. Cuanto de desconcierto, cobardía y oportunismo hay en el corazón del hombre, queda aquí al descubierto. La pobre sinceridad humana siempre anda tan mediatizada por tantas cosas que no cabe otro remedio que tomársela con una buena dosis de comprensión y enorme ternura... Dios es comprensivo, tierno, buen entendedor de sus hijos. Cuando dentro de poco le griten insultos en la cruz dirá: "¡Perdónales porque no saben lo que hacen!" ¿Es que "ahora" saben lo que hacen? Quizás no del todo. Por eso mismo Jesús llega subido en un borriquillo y no en un caballo de centurión romano, ni en un camello de poderoso oriental. Llega a ras del suelo, mansamente, con sonrisa, sin ningún sarcasmo. Sabe, entiende y ama. Exactamente lo que a nosotros nos falta: Para apearnos a la realidad circundante: entramos en una semana de triunfos procesionales y religioso alboroto callejero.



¿Podemos seguir abominando de ciertas manifestaciones populares de una sospechosa religiosidad masiva? ¿Podemos seguir poniendo en cuestión el pretendidamente sacro folklore? Si estos triunfos del Jesús paseado a hombros son realmente populares, nacidos de la entraña de la gente llana, sin más condicionamiento que su propio sentimentalismo y su engañosa euforia... me atrevería a decir que sí, que, como Jesús, deberíamos dejar que así fuera.

Jesús acepta y respeta, aunque conozca sus tremendas limitaciones, la sincera aunque mediocre espontaneidad de la masa. En cambio no acepta, no resiste la farisaica actitud de los que todo lo preparan y estudian para sacar tajada personal. Cuando lo que prima es la vanidad, el comercio o el aprovechamiento de cualquier tipo... ahí no existe "triunfo de Jesús".

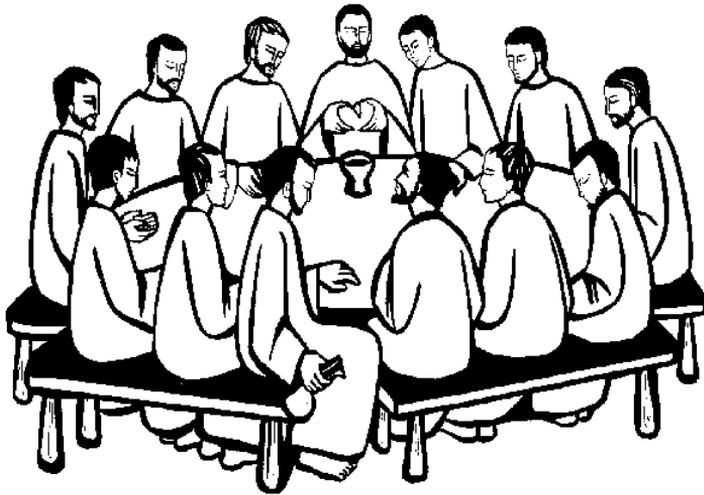
Pero cuando lo que convoca y dirige a la masa es su propia fuerza, su espontaneidad, con todas las mezclas más o menos bastardas que se quiera... ahí "puede" haber triunfo de Jesús, aunque a los exquisitos les siga haciendo cosquillas molestas. Ya sabemos lo que da de sí cierto exquisitismo culturalista, como el de Nicodemo, por ejemplo, un aristócrata del Espíritu que no se atreverá jamás a dar la cara...

Muy difícil resulta el equilibrio... que no es moderación virtuosa sino justicia. Al fin y al cabo siempre tendremos delante esta popular algarabía del Domingo de Ramos por entre la cual pasa sonriente y comprensivo Cristo, Dios cabalgando sobre "Platero".
BERNARDINO M. HERNANDO.

JUEVES SANTO

Ex 1, 8.11-14; Sal 115; 1 Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15.

Compartir el pan y beber de la misma copa eran gestos muy elocuentes en tiempos de Jesús. A través de ellos se establecía una profunda comunión con los demás y con la naturaleza. El pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, se convierten en alimento después de un proceso de transformación. Tienen que morir los granos de trigo y las uvas del racimo para que nazca el pan blanco y el rojo vino. Cuando Jesús entrega a sus discípulos estos dones, les está anticipando su final y, al mismo tiempo, les está ofreciendo un programa de vida: "Vosotros podéis ser alimento para los demás si aceptáis ser molidos (como los granos) o triturados (como las espigas)". En esto consiste la eucaristía. Por eso, como nos recuerda la carta a los Corintios que hoy leemos en la misa de la Cena del Señor, cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz proclamamos la muerte del Señor hasta que él vuelva... reproducimos el sentido de su vida entregada. ¿Entendemos esto cuando celebramos la eucaristía?



Si lo entendemos, ¿cómo podemos preguntarnos, una y otra vez, "para qué sirve la eucaristía"? ¡Sirve para vivir! Es el símbolo y la fuente de la vida. Sin entrar en comunión con el Cristo que se da somos incapaces de dejarnos triturar en el lagar de la vida, nos resistimos a todas las muertes y no encontramos sentido a nada de lo que hacemos. Sin eucaristía, nuestra existencia se reduce a una exhibición estéril.

Como hoy no estamos muy adiestrados en interpretar o descifrar símbolos, el evangelio de Juan nos ofrece una traducción eucarística apta para todos los

públicos. Vive la eucaristía quien reproduce la vida de Jesús, que no ha venido a ser servido sino a servir. Por eso, en el Jueves Santo, se coloca ante nuestros ojos el icono del Jesús, el sacerdote, que lava los pies a sus discípulos. El Señor se convierte en siervo y los siervos en señores. La conclusión es clara: También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros.

Os propongo una parábola compuesta por un hermano mío:

En un encuentro de la comunidad, el P. Abad confesó con toda sencillez a los monjes:

Cuando yo era todavía adolescente, tenía la ambición de ser el primero en todo: el más guapo, el más listo, el más alto, el más rico, el más joven, el más bueno, el más sabio.

Pronto descubrí que esta ambición me quitaba la vida, pero no sabía qué hacer, porque veía que no es posible renunciar al ideal sin con ello traicionarse... y me parecía que ser el primero en todo era, sin duda, el ideal.

Tardé mucho en comprender que el ideal está en ocupar el último puesto, que es el puesto del servicio y, por lo mismo, del amor. Esto dio un sentido nuevo a mi vida.

Ahora que soy viejo caigo en la cuenta de que pretender el último puesto es demasiado para mí, porque ese sitio se lo ha reservado el Señor, y él no lo cede, aunque sí lo comparte con quien se lo pide. Yo se lo pido, muy consciente de que no lo merezco, y me siento feliz. ¡Ahora, vivo! GONZALO FERNÁNDEZ, CLARETIANO.



VIERNES SANTO

Oficios de la Pasión del Señor: Is 52, 13 – 53, 12; Sal 30; Heb 4, 14 – 5, 7-9; Jn 18, 1 – 19, 42.

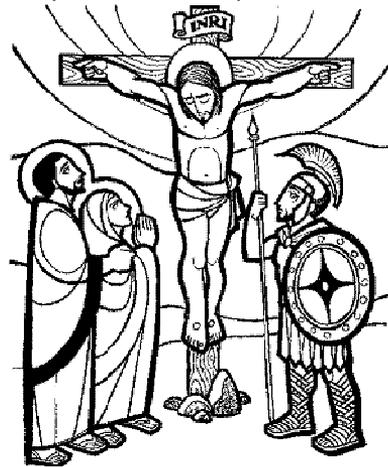
Pilato muestra a Jesús, desfigurado, a la gente: "Aquí lo tenéis" -dice- mostrando a Jesús a sus acusadores. Nos podemos imaginar la escena. En el exterior del pretorio, están los sacerdotes y la guardia del templo, y toda la gente que les acompañaba. En el interior, las salas donde Pilato realiza sus funciones de gobernador y las cárceles donde encierran y torturan a los delincuentes. Jesús está en el interior, y va de un sitio a otro: ahora es interrogado por Pilato, ahora va a parar a manos de los soldados que le desnudan, le azotan y se burlan de él. Y Pilato también va de un lado para otro: es un lío para él, el problema de Jesús, y no sabe cómo sacárselo de encima; pero aunque no tiene las cosas muy claras, no tiene el más mínimo remordimiento de dejar a Jesús hecho una llaga viva: no tiene importancia para él el sufrimiento o incluso la muerte de un hombre. Al final de las idas y venidas, sacan a Jesús del pretorio para que lo vea la gente. Lo sacan "llevando la corona de espinas y el manto de púrpura", desfigurado y ridículo. "Aquí lo tenéis".

Nosotros miramos a Jesús desfigurado y creemos en él. Nosotros, hoy, este Viernes Santo, miramos a ese Jesús que sale del pretorio. En él "no hay aspecto atrayente", no parece tener siquiera "aspecto humano". Es la imagen viva del fracaso. Pero nosotros nos lo miramos... no podemos apartar los ojos de él, de su rostro. Si estamos aquí este Viernes Santo es por esto: porque le queremos mirar, porque queremos fijar nuestra mirada en él. Y esto no lo hacemos simplemente por curiosidad, ni tan sólo por compasión. Lo hacemos por fe. Nosotros creemos en Jesús. Y eso no quiere decir sólo que sabemos cosas sobre él, lo que afirmamos las verdades del credo, o que llenamos una serie de preceptos que hemos aprendido. Decir que tenemos fe en Jesús, decir que creemos en él, quiere decir que estamos convencidos con todo nuestro corazón que su camino es el único camino, que su manera de vivir es la única manera de vivir que vale la pena, que en su persona está presente lo más grande que los hombres podemos desear: Dios.

Y hoy, en su rostro desfigurado y escarnecido que Pilato muestra a la entrada del pretorio, vemos con mayor claridad que nunca cuál es su camino, cuál es su manera de vivir, cómo es esta persona que es Dios hecho presente entre nosotros, Dios con nosotros.

Mirar a Jesús nos llega al corazón y nos obliga. Cada año, la celebración del Viernes Santo remueve nuestras entrañas. Nos las remueve porque, gracias a Dios, seríamos incapaces de quedar tan tranquilos ante una muerte tan injusta como ésta. No puede ser que alguien que ha

amado tanto y que tanta ilusión ha inyectado en el corazón de tantas personas acabe destrozado de este modo. Y nosotros, mirando a Jesús, sentimos como nuestro su dolor, y nos duele. Nos remueve las entrañas, también, porque no podemos dejar de pensar en este mundo nuestro, un mundo en el que un hombre como Jesús estorba y es liquidado. El mundo de la época de Jesús, el mundo que crucifica a Jesús, es nuestro mismo mundo, marcado por el mismo mal, por el mismo rechazo de todo lo que rompa la tranquilidad del orden establecido. Y finalmente, nos las remueve porque mirar el rostro de Jesús nos obliga a mirarnos a nosotros mismos, sinceramente, sin posibilidad de escondernos nuestra propia realidad, nuestros intereses, nuestras perezas, nuestra poca coherencia con la fe en este Jesús que ama hasta dar la vida.



Es por gracia, que nos sentimos tocados y obligados por Jesús. Cada año, la celebración del Viernes Santo nos remueve las entrañas. Y eso es una gracia que Jesús mismo nos hace. Es el fruto de su cruz, de su entrega. Con su muerte, con su amor sin reservas, Jesús ha abierto un camino de luz en la vida de los hombres. Si lo miramos a él, si hoy estamos aquí para mirarle, es porque en él, en su amor, hay una luz que nos atrae irresistiblemente, y nos toca por dentro, y nos llena de deseo de novedad: nos llena de deseo de fidelidad a él. La sangre y el agua que han salido de su costado abierto por la lanza, nos han fecundado el corazón y el alma, nos han cambiado. J. LLIGADAS.



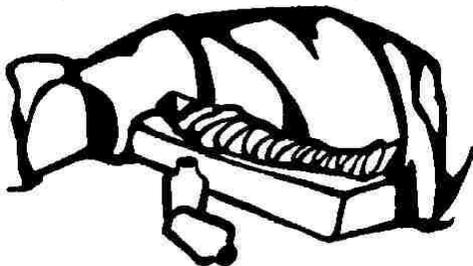
SÁBADO SANTO

Liturgia de las Horas - Oficio de Lectura: Heb 4, 1-13.

Sábado santo, día de la sepultura de Dios: ¿No es éste, de forma especialmente trágica, nuestro día? ¿No comienza a convertirse nuestro siglo en un gran sábado santo, en un día de la ausencia de Dios, en el que incluso a los discípulos se les produce un gélido vacío en el corazón y se disponen a volver a su casa avergonzados y angustiados, sumidos en la tristeza y la apatía por la falta de esperanza mientras marchan a Emaús, sin advertir que aquél a quien creen muerto se halla entre ellos?

“¡Dios ha muerto y nosotros lo hemos asesinado!” fue el grito de espanto de Nietzsche. ¿Nos hemos dado cuenta de que esta frase está tomada casi literalmente de la tradición cristiana, y que hemos rezado algo parecido en el vía-crucis, sin penetrar en la terrible seriedad y en la trágica realidad de lo que decíamos? Lo hemos asesinado cuando lo encerrábamos en el edificio de ideologías y costumbres anticuadas y lo desterrábamos a una piedad irreal y a frases de devocionarios, convirtiéndolo en una pieza de museo; lo hemos asesinado con la duplicidad de nuestra vida, que lo oscurece a él mismo; porque, ¿qué puede hacer más discutible en este mundo la idea de Dios que la fe y la caridad tan discutibles de sus creyentes?

La tiniebla divina de este día, de este siglo, que se convierte cada vez más en un sábado santo, habla a nuestras conciencias. Se refiere también a nosotros. Pero, a pesar de todo, tiene en sí algo consolador. Porque la muerte de Dios en Jesucristo es, al mismo tiempo, expresión de su radical solidaridad con nosotros. El misterio más oscuro de la fe es, simultáneamente, la señal más brillante de una esperanza sin fronteras. Todavía más: a través del naufragio del viernes santo, a través del silencio mortal del sábado santo, pudieron comprender los discípulos quién era Jesús realmente y qué significaba verdaderamente su mensaje.



Dios debió morir por ellos para poder vivir de verdad en ellos. La imagen que se habían formado de él, en la que intentaban introducirlo, debía ser destrozada para que a través de las ruinas de la casa deshecha pudiesen contemplar el cielo y verlo a él mismo, que sigue siendo la infinita grandeza. Necesitamos las tinieblas de Dios, necesitamos el silencio de Dios para experimentar de nuevo el abismo de su grandeza, el abismo de nuestra nada, que se

abriría ante nosotros si él no existiese.

Hay en el evangelio una escena que prenuncia de forma admirable el silencio del sábado santo y que, al mismo tiempo, parece como un retrato de nuestro momento histórico. Cristo duerme en un bote, que está a punto de zozobrar asaltado por la tormenta. El profeta Elías había indicado en una ocasión a los sacerdotes de Baal, que clamaban inútilmente a su dios pidiendo un fuego que consumiese los sacrificios, que probablemente su dios estaba dormido y era conveniente gritar con más fuerza para despertarlo. ¿Pero no duerme Dios en realidad? La voz del profeta ¿no se refiere, en definitiva, a los creyentes del Dios de Israel que navegan con él en un bote zozobrante? Dios duerme mientras sus cosas están a punto de hundirse: ¿no es ésta la experiencia de nuestra propia vida? ¿No se asemejan la Iglesia y la fe a un pequeño bote que naufraga y que lucha inútilmente contra el viento y las olas mientras Dios está ausente? Los discípulos, desesperados, sacuden al Señor y le gritan que despierte; pero él parece asombrarse y les reprocha su escasa fe. ¿No nos ocurre a nosotros lo mismo? Cuando pase la tormenta reconoceremos qué absurda era nuestra falta de fe.

Y, sin embargo, Señor, no podemos hacer otra cosa que sacudirte a ti, el Dios silencioso y durmiente y gritarte: ¡despierta! ¿no ves que nos hundimos? Despierta, haz que las tinieblas del sábado santo no sean eternas, envía un rayo de tu luz pascual a nuestros días, ven con nosotros cuando marchamos desesperanzados hacia Emaús, que nuestro corazón arda con tu cercanía. Tú que ocultamente preparaste los caminos de Israel para hacerte al fin un hombre como nosotros, no nos abandones en la oscuridad, no dejes que tu palabra se diluya en medio de la charlatanería de nuestra época. Señor, ayúdanos, porque sin ti pereceríamos. JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI.

CARTA DE LA SEMANA

Queridos amigos:

Cada año leo en el *Via Crucis* del Viernes Santo el mismo texto. Hay muchos: clásicos y modernos, extensos y concisos, hiperbólicos y sencillos... para todos los gustos. Pero el que yo escojo, de autor para mí desconocido, destila una sensibilidad humana y religiosa fuera de lo común, como revelan pequeños detalles, aparentemente nimios, pero que a mí me parecen muy importantes. Por eso no lo cambio, porque me hace bien leerlo en esa mañana en que acompañamos a Jesús y porque cada año me vuelvo a sentir *tocado* por la suavidad y la unión de sus reflexiones.



El *Vía Crucis* es una devoción popular que tiene su origen en Jerusalén, entre los peregrinos que de toda la cristiandad llegaban a la ciudad para venerar los lugares santos en los que se desarrolló la vida, la pasión y la muerte del Señor. Al regresar a sus lugares de origen, aquellos peregrinos volvían con la mente y el corazón a Jerusalén para, a través de las catorce “estaciones” (momentos o etapas) del camino de Jesús desde el Pretorio al Gólgota, recuperar las emociones de su peregrinaje y, sobre todo, revivir “*aquellos mismos sentimientos que Cristo Jesús, el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.*” (Flp 2, 5-8).

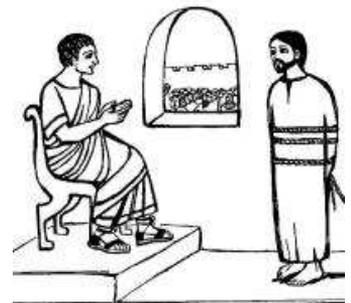
También nosotros seguimos los “pasos” de Cristo tratando de entrar en el drama de la pasión y muerte del Señor por la contemplación de los misterios *del Via Crucis*, para participar también un día de su gloriosa resurrección... porque sabemos que cuando más bajo había caído y más hundido se encontraba Cristo, “*Dios lo levantó sobre todo y le concedió el ‘Nombre-sobre-todo-nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre*” (ibid. vv 9-11).

El *Via Crucis* de nuestros Viernes Santos comienza con una declaración realmente comprometedora: “*Señor, quisiera sentir toda la maravillosa realidad de que alguien ha sido capaz de ir al patíbulo por mí...*” para seguir poco después con lo que parece una cruel paradoja: “*¡Señor, qué alivio para mí el que hayas caído...!*” y un par de meditaciones sencillas y hondas, como la que dice: “*Será muy duro, Señor, ver que el que te ayuda a llevar la cruz lo hace obligado, de mala gana... De todas formas, te ayuda, y es el único que participa en el dolor físico de tu Pasión...*” o, refiriéndose al encuentro con la Verónica: “*Seguro que sólo a una mujer se le pudo ocurrir esto. No es el valor lo más importante que demuestra la Verónica. Es el detalle de darse cuenta de que limpiarte el rostro con un paño te va a proporcionar alivio...*” Pero no voy a seguir estación por estación (paso por paso) comentando cada una de las catorce del *Via Crucis*...

En esta carta de Semana Santa lo que querría es ayudaros a lo mismo que esta oración peregrinante por el camino de la Cruz... que siempre termina por dejarnos profundamente pensativos: a situarnos ante Cristo que “*me amó y se entregó por mí*” (Gál 2, 20). Y querría hacerlo a través de un recorrido por algunos de los personajes que terciaron en el *Via Crucis* y que también se situaron cada uno como pudo o -mejor-, como quiso, en relación con Jesús camino del Calvario.

El primero es Pilato. Aparece en la primera estación: es el gobernador de Judea, la provincia más indómita y hostil al Impero Romano del que Pilato es su conspicuo representante. Si Herodes, el reyezuelo vasallo de Roma que tiraniza la Galilea, aparece en el evangelio como un hombre lascivo e insustancial... Pilato sin embargo se presenta con un halo de interés por la justicia: incluso en el juicio tras el que condenará a muerte a Jesús, se permite un aparte para divagar con él a cuenta de la verdad: *¿Qué es la verdad?*, pregunta a quien es la Verdad misma sin ningún interés por la respuesta. Hay quien ha querido ver en él una especie de filósofo escéptico, pero sólo era un pobre diablo que no quiso complicarse la vida: no veía motivos para condenar a Jesús; incluso su esposa le desaconsejó hacerlo... y a punto estuvo de dejarse convencer; pero si no lo hacía, aquellos agitadores iban a traerle problemas y ¡quién sabe si sus denuncias llegarían hasta la mismísima Roma! Así que, olvidándose de la verdad... se decidió por la vía fácil de agradar a quienes temía tanto como despreciaba. Una figura, Pilato, que sigue creando escuela... de *gallinas* que ocultan su cobardía so pretexto de sensatez, cordura y prudencia.

Ya he aludido al Cirineo y a la Verónica: el primero es alguien bien conocido de la primera comunidad cristiana: “*el padre de Alejandro y de Rufo*”, como escribe Marcos (15, 21); un hombre que (lo hiciera obligado o no, nadie podrá negarle que fue *el único que participó del dolor físico de la Pasión...*) nos



dice que, aunque a veces llevemos nuestras cruces de mala gana, -pues no las queremos- o porque no hay más remedio... también así ayudamos: a Cristo y a quienes descargan su cruz sobre nuestros hombros... que a menudo traemos *cargados de graves culpas, mi Dios...* En cambio, “la mujer que limpió con su velo el rostro de Jesús” -la Verónica- no aparece en el evangelio. Pudo ser una de aquellas “*hijas de Jerusalén*” de las que sí habla Lucas; en cualquier caso es el contrapunto de delicadeza -y de agudeza- en medio de la brutalidad de la Pasión y nos enseña varias actitudes a tener en cuenta: la importancia de los *pormenores...* cuando éstos pueden aliviar o hacer felices a los demás; la agudeza para descubrir las necesidades del prójimo; el coraje para vencer el respeto humano (el qué dirán...) que tantas veces nos paraliza e impide hacer el bien y, finalmente, que no se puede aliviar ni consolar *a distancia*: que hay que arremangarse -quitarse el manto- y acercarse al que sufre sin temor a marcharnos con su sangre, su sudor o sus lágrimas...

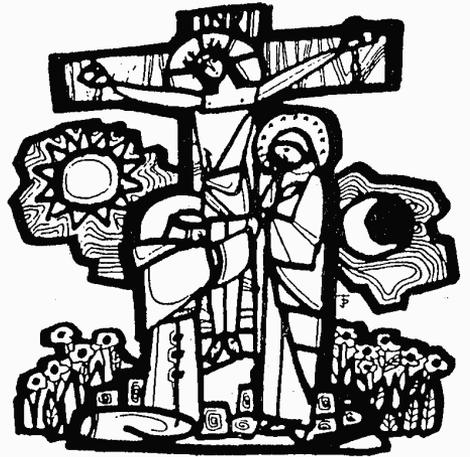
El siguiente personaje es un “colectivo” el de *las hijas de Jerusalén*. Es del todo probable que fueran de aquel grupo de mujeres -“*María Magdalena, Juana, Susana y otras muchas que iban con Jesús y sus discípulos y que les ayudaban con sus bienes*” (cfr. Lc 8, 2-3)- pero tampoco se puede descartar que a ellas se hubieran añadido otras plañideras, profesionales o aficionadas. La lección que les da Jesús, además de la lúcida exhortación de que sus lágrimas tal vez les impedían ver que de quienes debían preocuparse era de ellas mismas y de sus hijos (¡Ay los hijos, los hijos...!) es que debemos guardarnos de la hipocresía que puede esconderse en unas lágrimas que pronto se olvidan y que por sí solas no comprometen “alma, vida y corazón” a *trabajar por el reino de Dios y su justicia*.

El último personaje del que quiero escribiros hoy no salió al encuentro de Jesucristo en la “Vía Dolorosa...” sino doce siglos después: es san Francisco de Asís. La imagen del Poverello que veneramos en la parroquia nos lo representa fundido en un abrazo con el Crucificado y es una copia en escultura del impresionante óleo de Murillo “*San Francisco abrazando a Cristo en la Cruz*”.

Como antes San Pablo, también el camino de san Francisco no fue más que el esfuerzo de configurarse con Cristo. Las cinco llagas -los estigmas- del Crucificado hirieron su corazón antes que marcar su cuerpo. Por eso pudo decir con el Apóstol: “*Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*” (Gál 2, 19-20). Su encuentro con Cristo -y éste crucificado- contemplando su Pasión, despertó en él un amor por el Señor tan sublime que le llevó a la compasión, entendida ésta en su verdadero sentido: “padecer-con” -con-padecer- con el Señor (que no es sólo lamentarse por Jesús, como las *hijas de Jerusalén*) hasta hacerse su imagen para ser, vivir y morir a semejanza suya de la manera más plena y total:

“*porque para mí la vida es Cristo*” (Flp 1, 20). Si nuestro amor está crucificado nuestro lugar está junto a Cruz, con María, con Juan, con Francisco... no porque nos guste la cruz, sino porque el amor lleva mal las distancias.

Queridos amigos: en este Triduo Pascual que vamos a iniciar, os deseo que en las celebraciones litúrgicas y en los actos devocionales, contempléis a “*Cristo Crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para nosotros -judíos o griegos- un Mesías que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios*” (1 Cor 23-24). Que lo disfrutéis. Cordialmente:



Amén

SEMANA SANTA

AMAR - MORIR - RESUCITAR

Debiéramos preguntarnos seriamente qué tenemos que ver cada uno de nosotros, en nuestro diario vivir, con el AMOR del Jueves Santo, la MUERTE del Viernes Santo y la RESURRECCIÓN del Domingo de Pascua. AMAR, MORIR, RESUCITAR, son como tres movimientos "in crescendo" de la Semana Santa. Tres realidades que, sin duda, son las más importantes en la vida de cada hombre. AMAR, MORIR y RESUCITAR: tres realidades para pensar y para vivir en esta Semana Santa y en toda nuestra vida. DABAR



SANTO



TRIDUO



PASCUAL - 2011

Intenciones para las Misas de esta semana.

Las Celebraciones del Triduo Pascual son por toda la Iglesia y por toda la humanidad, tal como lo fue el propio Misterio Pascual de Cristo que estos días santos nos disponemos a conmemorar y a renovar. Ya que el horario de las Celebraciones de Semana Santa aparece publicado en la portada de este mismo Butlletí, a continuación únicament anunciaremos las Misas con intenciones particulares.

Día 17. Domingo de Ramos. 8'30h *Sufr.* José Peris Panach; Amparo Aguilar Peris; Leticia Ramón García, de las Clavarias del Rosario de la Aurora del 2011; José Carbonell y Amparo Sanfeliu; dif. de Carmen Sáez. 12'30h *Dif. fam.* Navarro-Pastor y Pastor-Navarro. 19h Saplaya. *Sufr.* Pascual Torres Romaguera. 20h Marianistas-Palmaret. *Intención de Vicente Martí Aguilar y por sus difuntos.*

Día 18. Lunes Santo. 8h *Sufr.* Vicente Sanfeliu Juliá y Vicente Sanfeliu Tortosa. 19'30h Rosario y 20h Misa: difuntos de la semana.

Día 19. Martes Santo. 8h *Sufr.* Salvadora Hurtado Gimeno. 20h *Sufr.* Enrique Sancho Peris; José M^a Pardo Juliá; Agustín Ausina Alonso y esposa; José Dolz Panach, esposa, hijos y nieto.

Día 20. Miércoles Santo. 8h *Sufr.* Daniel Peris Montalt. 20h *Sufr.* Vicente Cerezo Biot; José Vicente Llistar Mellado; Asterio Ambrosio Valencia Reaños; Balbino Alonso Pons, Carmen López García y Bautista Giner Peris; dif. fam. Dolz-Bauset.

Día 24. Domingo de Pascua. 10'30h Misa y **Celebración del Bautismo: Mateo Huerta Navarro; Nicolás Olmedo Villena, Ludovico Padone.** 12'30h *Sufr.* Amparo y Pilar Marí Ramón. 19h Saplaya. *Dif. fam.* Ballester-Juliá. 20h Marianistas-Palmaret. *Sufr.* Juan Ferrandis Blat, esposa e hijos; José Vicent Dolz y sus padres e hijo José Luis Vicent Ferrandis.

AVISOS Y NOTICIAS.

* **CONVENIO DEL AYUNTAMIENTO Y LA PARROQUIA DE ALBORAYA.** El Ayuntamiento de Alboraya, en su sesión plenaria del pasado 14 de abril, aprobó formalizar un convenio con la Parroquia que posibilitará que continuemos las gestiones tendentes a la construcción y posterior traslado de nuestro Col.legi Parroquial Don José Lluch. Después de Pascua os daremos cumplida cuenta de este convenio del que estamos muy satisfechos porque puede ser de gran trascendencia para nuestra Parroquia y para todo nuestro pueblo.

* **CAMPAMENTO DE PASCUA.** Para apuntaros al campamento tenéis que: 1). Rellenar y traernos la ficha médica (autorización) debidamente rellena y firmada, o bien a la conserjería del Col.legi Parroquial Don José Lluch o a las Oficinas Parroquiales (podéis dejarla en un sobre cerrado a la atención de Juniors La Senda en el buzón de la Abadía). 2). Pagar el campamento. El pago se ha de hacer necesariamente en la cuenta bancaria (bien ingreso en caja o bien por transferencia) en Caja Murcia. Muy importante poner en el concepto el nombre y apellidos del acampado. En www.parroquialboraya.com tenéis la documentación necesaria.

* **COMBREGAR D'IMPEDITS.** Los enfermos que deseen recibir en sus casas la Comunión Pascual en el Combregar del día de Sant Vicent, deben avisarlo a la Parroquia o a los agentes de pastoral de la Salud.